

Iturbide:

criollo miliciano, Primer Jefe trigarante y emperador mexicano

JOAQUÍN E. ESPINOSA AGUIRRE

Instantes antes de morir, el 19 de julio de 1824, Agustín de Iturbide escribió en la villa de Padilla, Tamaulipas, una carta de despedida a la que fuera su compañera durante casi 20 años, la que estaría a su lado y recorrería de Valladolid hasta Guanajuato, desde Chalco a la ciudad de México, y finalmente del trono al destierro; su esposa, Ana María Huarte, dejándole las siguientes palabras:

La legislatura va a cometer en mi persona el crimen más injustificado: acaban de notificarme la sentencia de muerte por el decreto de proscripción; Dios sabe lo que hace y con resignación cristiana me someto a su sagrada voluntad. Dentro de pocos momentos habré dejado de existir [...].

Pero ¿qué delito había cometido? ¿Por qué las narraciones de la vida de este personaje, complejo y contradictorio, siempre muestran una ambivalencia maniquea tan fuerte, entre el gran libertador y héroe de Iguala y el despiadado comandante realista y despótico emperador? ¿Cuál es el Iturbide que se encuentra detrás de las historias que se han escrito a lo largo de 200 años?

En este breve texto pretendo dejar señalados los diferentes elementos que se deben tomar en cuenta para poder comprender la complejidad que encierra la figura histórica de Iturbide en el contexto del Bicentenario de su independencia. Pues más allá de partidos e ideologías, de fobias y filias, se trata de un personaje protagónico a través del cual se puede (y debe) explicar la guerra de independencia.

El primer elemento es su pertenencia a las fuerzas armadas del virreinato, a las que se sumó en 1797 y de las que no se separaría formalmente sino hasta febrero de 1821, es decir, que sirvió a ellas por 24 años. Esto es importante de señalar, ya que al pertenecer Iturbide a la elite de su natal Valladolid, pudo acceder a las milicias provinciales en calidad de subteniente, y muy diferente a varios soldados similares a él, tales como José María García de Obeso, José Mariano Michelena, Ignacio Allende y Juan Aldama, que se encargaron de conspirar en contra de las autoridades virreinales, Iturbide siempre se mantuvo fiel a ellas.



El Libertador: Agustín de Iturbide

Son importantes estos elementos, porque sólo así se entiende que haya sido un fiel defensor del statu quo durante sus primeros años de vida, ya que al pertenecer a la clase acomodada, los cambios que comenzaron a vivirse en el reino de Nueva España a partir de la invasión napoleónica a España en 1808, no fueron bien vistos; y peor aún los mecanismos tan violentos que utilizaría la insurgencia desatada en el Bajío dos años después.

El inicio de la guerra civil resultó de la mayor trascendencia para Iturbide, pues como él mismo señalaría en su Testamento, “siempre fui feliz en la guerra”, y si en ese momento tomó las armas fue para combatir a los que según él “infestaban el país”. Sin embargo, van a ser precisamente durante estos años que su vehemencia y convicción por acabar con la rebelión le atraerán una gran fama, no siempre positiva, por los medios de guerra tan violentos y arbitrarios que adoptó, lo cual le ganó la etiqueta de sanguinario, alejándolo de su mando como comandante de Guanajuato y Valladolid.

En el segundo momento, su pensamiento político y su ideología variarían radicalmente, cambiando de la defensa férrea del rey, hacia la persecución de una alternativa pacífica por medio de la cual se lograra la independencia. Y si bien esto no se descubrió sino hasta la proclamación del Plan de independencia en la villa de Iguala el 24 de febrero de 1821, su gestación comenzó varios años antes, principalmente cuando en septiembre 1816 Iturbide fue separado de su cargo.

Producto del proceso judicial que se llevó en su contra, primero por el virrey Calleja, y que finalmente se completó cuando su sustituto Juan Ruiz de Apodaca confirmó la destitución (no obstante haberlo absuelto Calleja), en Iturbide se formó un espíritu de venganza o de revanchismo, el cual creció en su prolongado retiro en la hacienda de La Compañía, en Chalco. Poco se sabe de sus negocios, compañías y lecturas durante este periodo, pero sin duda todo lo anterior resultó ser de la mayor importancia y se vería reflejado en sus acciones, particularmente desde que el mismo virrey Apodaca lo llamó en noviembre de 1820 para volver a las campañas de pacificación; no obstante, Iturbide tenía otros planes muy distintos.

Durante los últimos meses de ese año y los primeros del siguiente, el restituido comandante comenzó una intensa comunicación epistolar con los últimos líderes insurgentes, encabezados por Vicente Guerrero, así como personajes notables pertenecientes a la iglesia, las élites y las fuerzas armadas provinciales, acercándose a colaboradores que se comprometieran con él para poder llevar a cabo su “plan de pacificación”, el cual se conformaría de tres garantías: religión, independencia y unión. De ese modo, a partir de la proclamación del Plan de Iguala, el cual no representó el inicio sino el momento de socialización de su proyecto, comenzó una intensa campaña política y diplomática pero también militar, que en tan solo siete meses obtendría la tan ansiada independencia.

La tercera y última de sus etapas de vida es la que se abrió inmediatamente después de que el Primer Jefe trigarante ingresara triunfal al frente de su ejército libertador el 27 de septiembre de 1821 (fecha de su cumpleaños número 38). Al día siguiente, la Soberana Junta Gubernativa firmó el Acta de independencia del Imperio mexicano, y en los próximos meses se formaría una gran expectativa para conocer la respuesta que la vieja España diera a la invitación hecha en los Tratados de Córdoba para que el rey Fernando VII o cualquiera de su familia imperial viajara a América para ceñirse la Corona imperial mexicana.

No obstante, en los primeros meses de 1822 llegaron noticias que cambiarían el rumbo del imperio: España declaraba inválidos los acuerdos firmados entre Iturbide y Juan de O’ Donojú, con lo cual rechazaba la independencia de Nueva España y, por supuesto, se negaba a enviar a algún representante para gobernarla de manera autónoma. Esto obligaba a tomar una alternativa que se había planteado en Córdoba en agosto anterior: que gobernara “el que las Cortes del Imperio designaren”, es decir, que el emperador mexicano ya no estaría sujeto a un designio del monarca español, sino de una elección que recaería en el congreso nacional.

Siempre se ha interpretado esa cláusula como una manifestación de las ambiciones de Iturbide, sin embargo hay algo interesante que agregar; esta posibilidad de la elección del monarca mexicano no estaba prevista en el Plan de Iguala, firmado en individualidad por Iturbide, y no aparecería sino hasta los Tratados de Córdoba, cuando conferenció con O’ Donojú. Es decir, que ya fuera por la ambición del primero, la del segundo, o el acuerdo y conocimiento político de ambos, se decidió abrir una alternativa, previendo la negativa española. Un elemento a destacar es que, finalmente, O’ Donojú no pudo optar siquiera por el puesto, ya que moriría apenas dos semanas después del desfile trigarante. Así, Iturbide quedaría con el camino libre.

Los sucesos entre marzo y octubre de 1822 fueron muy vertiginosos. Primero, la negativa española; luego la proclamación de Iturbide la noche del 18 de mayo, promovida por Pío Marcha con un numeroso grupo de gente y soldadesca de la capital; posteriormente la validación de tal acto por el Congreso al día siguiente; luego su coronación imperial el 21 de julio en la catedral metropolitana; después la disolución del mismo congreso por parte de Iturbide el 31 de octubre; luego, repetidos pronunciamientos militares, rebeliones contra el emperador y finalmente su abdicación el 19 de marzo. Diez meses bastaron para convertir al héroe imbatible en el déspota tirano, y llevar a Iturbide de ser objeto de veneración a ser obligado a desterrarse hacia tierras europeas.



Iturbide emperador de México

Como se ha visto, para emitir un juicio sobre el papel de este personaje se deben considerar varios elementos, contradictorios e inconsistentes, pero que a la vez enriquecen mucho la discusión a su alrededor. Iturbide ciertamente destacó como un cruento comandante contrainsurgente, pero debe recordarse que estaba inmerso en una guerra y que como él muchos otros cometieron actos de violencia similares, incluso entre las filas insurgentes; además, pareciera que ese pasado habría quedado olvidado una vez que se puso al frente de la causa trigarante como su Primer Jefe, para conseguir la ansiada emancipación en el año de 1821, de la cual se conmemoran actualmente sus doscientos años. No obstante, parece ser que su peor error, y la causa de tantos reproches y condenas, se deben a sus decisiones durante el año de 1822, en el que se ciñó una Corona que no estaba forjada para él (aunque era el único que podría haberla merecido en ese contexto), para luego volverse un déspota con la disolución del Congreso.

Ello le ganó la aversión de sus contemporáneos, enemigos políticos que lo despreciaron por haber sido diputados a los que envió a la prisión, y que una vez que se desterró del imperio, decidieron proscribirlo, declarando por sentencia su muerte si regresaba a territorio mexicano. Esto se cumplió finalmente en julio de 1824, cuando desembarcó en Soto la Marina, Tamaulipas, para ser trasladado ante el congreso del estado, el que en sus ínfulas de federalismo radical decidió por sí mismo aplicar la injusta sentencia. Las últimas palabras de Iturbide resultan elocuentes, pues negaban las acusaciones hechas por sus enemigos políticos, y por muchos historiadores de la actualidad: “muero gustoso porque muero entre vosotros. Muero con honor, no como traidor: no quedará a mis hijos y su posteridad esta mancha; no soy traidor, no”. La historia, como casi siempre pasa, lo juzgó de la peor manera.



FUSILAMIENTO DE ITURBIDE.

Fusilamiento de Iturbide en Padilla